TRATADO OCTAVO

DE LA SAGRADA COMUNION Y SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

CAPÍTULO PRIMERO

Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento.

Dos obras nos ha mostrado Dios las más insignes y que más pasman y atajan los juicios de los hombres, que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas el profeta Isaías las llama invenciones de Dios: *Notas facite in populis adinventiones ejus* (1): *Anunciad á las gentes sus invenciones:* obras que parece se puso á pensar en que mostrarse comunicador y derramador de sí mismo. La primera obra fué su Encarnacion, en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una trabazon tan trabada y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una persona quedó Dios y el hombre. Nudo ciego á toda la razon del mundo, y á solo él claro; á todos tinieblas y oscuridad, y á solo él luz y claridad: nudo insoluble, que lo que una vez juntó,

(1) *Isai.*, XII, 4.

nunca jamas se desatará ni desató: *Quod semel assumpsit, numquam dimisit.*

Dice San Dionisio (1) que el amor es virtud unitiva, que transforma al amante en el amado y hace de los dos uno. Pues lo que jamas pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamas se vió de los cielos abajo que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado: de los cielos arriba bien se ve; la misma naturaleza del Padre es la del Hijo, y son uno; pero de los cielos abajo tal union jamas se hizo. Pues fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que se juntó y unió con el hombre, de tal suerte, que de Dios y del hombre quedó sola una persona; y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y Dios es verdadero hombre: y todo lo que es propio de Dios, con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y por el contrario, lo que es propio del hombre, se dice tambien de Dios. De manera, que el que veían los hombres, era Dios; el que veían hablar con instrumento de boca corporal, era Dios; el que veían comer, andar y afanar, era Dios. Tenía naturaleza humana realmente y operaciones humanas, el que las hacía era Dios, dice el profeta Isaías: *¿Quién jamas vió ni oyó tal cosa* (2)? ¡Dios niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar, Dios tener flaqueza, y cansarse y sufrir dolores y tormentos! Allá dice el Real Profeta que pusistes, Señor, vuestro asiento muy alto, y que no llegaría á Vos azote ni trabajo (3); pero ahora, Señor, vemos que han llegado á Vos los azotes, los clavos, las espinas, y que os han puesto en una cruz; cosa tan aje-

(1) Dionys. Areop. *cap. 4 de div. nom.*—(2) Quis audivit unquam tale, et quis vidit huic simile? *Isai.*, LXVI, 8.—(3) Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo. *Ps.* XC, 9.

na de Dios, dice Isaías (1), cosa peregrina, obra que pasma y ataja los juicios de los hombres y de los ángeles.

Otra obra hizo Dios (invencion propia de su infinito amor), que fué la institucion del santísimo Sacramento. En la primera cubrió su Ser divino con una cortina de carne para que le pudiésemos ver; en esta cubre no sólo lo divino, sino tambien lo humano, con la cortina de los accidentes de pan y vino, para que le podamos comer. En la primera entrañó Dios al hombre, uniendo la naturaleza humana con el Verbo divino; entróle en las entrañas de Dios; en esta segunda quiere que vos le entrañeis á él en las vuestras. Antes estaba el hombre unido con Dios; ahora quiere Dios y hombre unirse con vos. En la primera la comunicacion y union fué con sola una naturaleza singular, que es la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, que personalmente está unida con el Verbo divino; en esta segunda únese con cada uno que le recibe singularmente, y hácese una cosa con él, ya que no por union hipostática ó personal, que eso no convenía, por la union más íntima y más estrecha que se pudo imaginar fuera de aquella. *El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él,* dice el mismo Señor (2). ¡Obra maravillosa! No sólo es la mayor de sus maravillas, como dice Santo Tomas (3), sino es una cifra y recopilacion de todas ellas (4).

Del rey Asuero cuenta la Sagrada Escritura que hizo un grande y solemne convite, que duró ciento y

(1) Peregrinum est opus ejus ab eo. *Isai.*, XXVIII, 21.—(2) Joan., VI, 57.—(3) Miraculorum ab ipso factorum maximum. *S. Thom. serm. festi Corporis Christi.*—(4) Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se. *Ps.* CX, 4.

ochenta días, para mostrar sus grandes riquezas y la gloria de su poder (1): así este gran rey Asuero, Cristo nuestro Redentor, quiso hacer un convite real, en el cual mostrase la grandeza de sus tesoros y riquezas y el poder y majestad de su gloria: porque el manjar que nos da en este convite es el mismo Dios, obra que admira y espanta tambien al mundo, no ménos que la primera. Y áun en sola la sombra de este admirable misterio, que fué el maná, se admiraron: *Manhu? quid est hoc?* *¿qué es esto (2)?* Y despues decían: *Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* ¿Que es posible que habemos de comer su carne (3)? Y no dura este convite ciento y ochenta días, como duró el del Rey Asuero, sino mil y seiscientos años, y durará hasta el fin del mundo, y siempre comemos y siempre dura. Con razon se admira y exclama el Profeta: *Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra* (4). Pasma el artificio y sabiduría de los consejos de Dios que tomó para la salud de los hombres. De esta segunda obra habemos de tratar ahora: dénos el Señor su gracia para ello, que bien la habemos menester.

El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan en su sagrado Evangelio tratando de la institucion de este santísimo Sacramento dice: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos:* Como amase Cristo nuestro Redentor á los suyos, que tenía en el mundo, en el fin señaladamente los amó (5): porque entónces les hizo mayores beneficios y les dejó mayores prendas de amor, entre las cuales una de las principales ó la más principal fué este santísimo Sacramen-

(1) Ut ostenderet divitias gloriæ Regni sui. *Esther.*, I, 4.—(2) *Exod.*, XVI, 15.—(3) Joan., VI, 53.—(4) Venite, et videte opera Domini, quæ posuit prodigia super terram. *Ps.* XLV, 9.—(5) Joan., XIII, 1.

to, quedándose en él su Majestad verdadera y realmente; en lo cual nos declaró bien el amor grande que nos tenía; porque la condicion del amor verdadero es querer tener siempre presente al que ama, y gozar siempre de su compañía. Y así, habiéndose de partir Cristo nuestro Redentor de este mundo á su Padre, quiso de tal manera partirse, que del todo no se partiese; y de tal manera irse, que tambien se quedase. Así como salió del cielo sin dejar el cielo, así sale ahora de la tierra sin dejar la tierra; y así como salió del Padre sin dejarle, así sale ahora de sus hijos sin dejarlos (1).

Más: es también condicion del amor desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde de él, y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despierten esta memoria. Pues para que no nos olvidásemos de él, nos dejó por memorial este santísimo Sacramento, en que se queda él mismo en persona, no queriendo que entre él y nosotros haya otra menor prenda que despierte esta memoria que él mismo. Y así, en acabando de instituir este santísimo Sacramento, dijo: Cada vez que celebráredes este misterio, celebradlo en memoria de mí (2), acordándoos de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí.

Engrandecía mucho Moisen al pueblo de Israel, que no había nacion tan grande que tuviese á Dios tan cercano á sí como ellos: **No hay otra nacion tan grande, que tenga los dioses tan cercanos, como tenemos nosotros á nuestro Dios, atento siempre á todas nuestras*

(1) Exivi a Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. *Joan.*, XVI, 28.—(2) Hoc facile in meam commemorationem. *Luc.*, XXII, 19.—*I ad Cor.*, XI, 24 *et* 26.

súplicas (1).* Y Salomon habiendo edificado el templo, se espantaba y decía: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos con toda su anchura no bastan, Señor, para daros lugar, ¿cuánto ménos bastará esta pequeña casa que yo he edificado (2)? ¿Con cuánta mayor razon podemos nosotros decir esto, pues ya no la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi* (3): *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion de los siglos.* Gran consuelo y favor fué querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinacion. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones, ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que éntre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros barrios y calles, y se deje llevar y sea portátil y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podamos visitar muchas veces y á todas horas, de día y de noche, y tratar allí con él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos, y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y favor para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos amó tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará léjos para remediarnos? Andaré y pondré mi asiento en medio de vosotros; iré donde me quisiéredes llevar; pasearme he por vuestras calles, honraros he (4). ¿Qué corazon hay que no se enternezca é inflame viendo á Dios tan casero?

(1) Nec est alia natio tam grandis, quæ habeat deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris. *Deut.*, IV, 7.—(2) III Reg., VIII, 57.—(3) *Matth.*, XXVIII, 20.—(4) Ponam tabernaculum meum in medio vestri;... ambulabo inter vos, et ero Deus vester. *Levit.*, XXVI, 11.

No se contentó el Señor con que le tuviésemos en nuestros templos y casas, sino quiso que le tuviésemos dentro de nosotros mismos: quiso entrañarse en nuestro corazon; quiso que vos mismo fuésedes el templo y el cáliz, la custodia y relicario donde estuviese y se depositase este santísimo Sacramento (1). No nos le dan aquí á besar como á los pastores y reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡Oh amor inefable! ¡Oh largueza nunca oida! ¡Que reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona! ¡Al mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre! ¡Al mismo que recibió y trajo la sacratísima Reina de los Angeles nueve meses en sus entrañas purísimas! Si Santa Isabel madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Vírgen vuestra Madre en cuyas entrañas íbades Vos, maravillada y llena de Espíritu Santo dió voces diciendo: *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me* (2)? ¿De dónde á mí, que venga la Madre de Dios á mí? ¿Qué diré yo viendo que no por las puertas de mi casa material, sino de mi cuerpo y alma, dentro de mí mismo entrais Vos, Señor, Hijo de Dios vivo? Con cuánto mayor razon diré: *¿De dónde á mi* (3)? ¿á mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿á mí, que tantas veces os he ofendido? ¿á mí, tan desconocido é ingrato? ¿De dónde á mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser Vos quien sois, tan bueno, tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro?

Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razon, que si este beneficio concediera el Señor á solos inocentes y limpios, áun fuera dádiva inestimable: mas ¿qué diremos que por el mismo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros; y así como permitió ser crucificado por manos de aquellos perversos sayones por nuestro amor, así permite ahora ser tratado con manos de malos y perversos sacerdotes, y entrar en las bocas y cuerpos sucios y hediondos de muchos malos y pecadores por visitar y consolar á sus amigos? A todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones: al modo que dice San Pablo que los que pecan, tornan á crucificar á Jesucristo, cuanto es de su parte (1); todo por comunicárseos á vos. Mirad si tenemos bien que agradecerle, y buen porqué para servirle. Canta la Iglesia, y espántase que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una doncella (2); pues cotejad la pureza de aquella doncella y la impuridad nuestra, y veréis cuánto mayor razon tenemos para espantarnos que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

(1) Inter ubera mea commorabitur. *Cant.*, I, 12.—(2) *Luc.*, I, 43.—(3) Et unde hoc mihi?

CAPÍTULO II

De las excelencias y cosas maravillosas que la fe nos enseña que habemos de creer en este divino Sacramento.

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fe católica que obran aquí las palabras de la consagracion. La primera es, que habemos de creer que, en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagracion sobre la hostia, está allí el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Redentor, el mismo que nació de las entrañas virginales de la sacratísima Vírgen, y el

(1) Crucifigentes sibimetipsis Filium Dei. *Ad Hebr.* VI, 6.—(2) Non horruisti Virginis uterum.

mismo que estuvo en la cruz y resucitó, y el mismo que ahora está sentado á la diestra de Dios Padre. Y en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagracion sobre el cáliz, está allí su verdadera y preciosa sangre. Y diciéndose en una misma hora cien mil misas en toda la Iglesia, en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagracion, obra Dios esta conversion maravillosa; y en todas ellas está real y verdaderamente el cuerpo y sangre de nuestro Redentor, y aquí le están consumiendo, y allí le están consagrando, y en todas partes es uno.

La segunda cosa maravillosa que aquí habemos de creer, es que despues de las palabras de la consagracion no queda allí pan ni vino; aunque á nuestros ojos, tacto, gusto y olfato parezca que sí, pero la fe nos dice que no. Dijo el patriarca Isaac á su hijo Jacob, cuando para alcanzar la bendicion y mayorazgo cubrió sus manos con unos pellejos de cabrito para parecer á su hermano Esaú: *La voz es de Jacob; pero las manos son de Esaú* (1). Así aquí, lo que palpamos con las manos y tocamos con nuestros sentidos, parece pan y parece vino; pero la voz, que es la fe (2), otra cosa nos dice. La fe suple aquí la falta de los sentidos (3). Y allá en el maná, sombra y figura de este Sacramento, hubo tambien esto que sabía el maná á todas las cosas: sabía á perdiz y no era perdiz; sabía á trucha y no era trucha: así este divino maná sabe á pan y no es pan; sabe á vino y no es vino.

En los demás sacramentos no se muda la materia en otra, sino el agua en el bautismo se queda agua, y el olio olio en el sacramento de la confirmacion y

(1) Vox quidem, vox Jacob est; sed manus, manus sunt Esau. *Gen.*, XXVII, 22.—(2) Ergo fides ex auditu. *Ad Rom.*, X, 17.—(3) Præstet fides supplementum sensuum defectui.

extrema-uncion; pero en este Sacramento múdase la materia. De manera, que aquello que parece pan, no es pan, y aquello que parece vino, no es vino; sino la sustancia del pan se muda y convierte en el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Salvador, y la sustancia del vino en su sangre preciosa. Dice muy bien San Ambrosio: Quien pudo hacer algo de nada, criando los cielos y la tierra, mucho más podrá hacer una cosa de otra y mudar una sustancia en otra (1). Y más; vemos que el pan que cada día comemos, por virtud del calor natural en breve espacio se muda en nuestra carne; mucho mejor podrá la virtud omnipotente de Dios hacer en un instante esta conversion maravillosa. Y para que con un espanto se nos quite otro, mucho más es que Dios se haya hecho hombre sin dejar de ser Dios, que no que el pan dejando de ser pan se vuelva en carne. Pues con aquella virtud divina, con la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, con esa misma el pan y el vino se convierten en la carne y sangre de Cristo: *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum* (2): A Dios ninguna cosa le es imposible, como dijo el Ángel á nuestra Señora.

Lo tercero, hay otra cosa particular en esta conversion, que no es al modo de las demas conversiones naturales, en las cuales, cuando una cosa se convierte en otra, queda algo de la sustancia de la cosa que se muda, porque la materia se es la misma, y solamente se muda la forma, como cuando la tierra se convierte en plata, y el agua en cristal: es como cuando de un poco de barro ó cerca haceis una vez un caballo, otra un leon. Pero en esta admirable conversion despues de la consagracion en la hostia no que-

(1) Ambros. *lib. de his qui initiantur minist.*, cap. 9.—(2) *Luc.*, I, 37.

da nada de la sustancia del pan, y en el cáliz no queda nada de la sustancia del vino, ni de la forma ni de la materia, sino que toda la sustancia del pan se convierte y muda en todo el cuerpo de Cristo; y toda la sustancia del vino en toda su sangre preciosa. Y así la Iglesia con mucha conveniencia y propiedad, como dice el Concilio Tridentino (1), para significarnos esta total conversion, la llama transustanciacion, que quiere decir mudanza de una sustancia en otra. Porque así como la generacion natural, porque en ella se muda la forma, se puede llamar propiamente transformacion; así en este Sacramento, porque toda la sustancia del pan y del vino se convierte en toda la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, se llama con mucha razon transustanciacion.

De manera, que no queda en este Sacramento cosa alguna de la sustancia del pan ni de la sustancia del vino, sino solamente queda allí el color, olor, sabor y los demas accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales. Y esta es otra maravilla grande que resplandece en este santísimo Sacramento, que están allí estos accidentes sin estar en sustancia y sujeto alguno, siendo propio de los accidentes estar juntos y pegados con la sustancia, como lo enseña toda la filosofía; porque la blancura, claro está que naturalmente no puede estar por sí, sino junta y pegada con alguna sustancia; y el sabor y el olor tambien. Pero aquí, sobre todo órden de naturaleza, se quedan los mismos accidentes del pan y del vino siendo sobrenaturalmente sustentados por sí solos, como en el aire; porque la sustancia del pan y del vino ya no está allí, como habemos dicho; y en el cuerpo y

(1) Concil. Trident. sess. 13, *de Sanctissimo Eucharist. Sacramento*, cap. 4.

sangre de Cristo, que sucede en su lugar, no pueden estar aquellos accidentes, y así los tiene y sustenta Dios de por sí con un perpetuo milagro.

Más: habemos de creer que en este santísimo Sacramento debajo de aquellas especies y accidentes de pan está no solo el cuerpo de Cristo, sino todo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, así como está en el cielo. De manera que en la hostia juntamente con el cuerpo está tambien la sangre de Cristo nuestro Redentor, y su ánima sacratísima, y su santísima divinidad. De la misma manera en el cáliz debajo de las especies de vino está no solamente la sangre de Cristo, sino tambien el cuerpo, y el ánima y la divinidad. Pero advierten los Teólogos que no están aquí todas estas cosas por una misma razon y manera; sino unas están en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras de la consagracion, y otras por via de concomitancia ó compañía. Aquello se dice estar en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras, que se significa y explica por las mismas palabras de la forma de la consagracion. Y de esta manera no está en la hostia más que el cuerpo de Cristo, ni en el cáliz más que la sangre, porque las palabras hacen lo que significan, y eso solo es lo que significan: «Este es mi cuerpo:» «Esta es mi sangre.» Aquellas cosas se dicen estar por via de concomitancia ó compañía, que están juntas y en compañía de aquello que se explica y declara por las palabras; y porque el cuerpo de Cristo no está ahora solo, sino juntamente con la sangre, y con el ánima, y con la divinidad, por eso están allí tambien en la hostia todas estas cosas; y porque la sangre tampoco está ahora sola, sino juntamente con el cuerpo, y con el ánima, y con la divinidad; por eso están tambien en el cáliz todas estas cosas. Entenderse ha esto bien por aquí. Dicen los Teó-

logos que si en aquellos tres días que Cristo estuvo en el sepulcro consagrara San Pedro ú otro de los Apóstoles, que no estuviera en el santísimo Sacramento el ánima de Cristo, porque entónces no estaba el ánima junta con el cuerpo, sino solamente estuviera allí el cuerpo muerto, como estaba en el sepulcro, aunque junto con la divinidad, porque esa nunca la dejó. De la misma manera, cuando consagró Cristo el jueves de la Cena, estaba allí en el Sacramento Cristo nuestro Redentor, verdadero Dios y verdadero hombre; pero pasible y mortal, como entónces lo era; mas ahora está en el Sacramento, vivo, glorioso y resucitado, inmortal é impasible, como está en el cielo.

Empero, aunque esto es así, que en la hostia está la sangre y en el cáliz el cuerpo de Cristo nuestro Redentor; con todo eso convino que se hiciesen estas dos consagraciones distintas cada una de por sí, para que así, se representase más al vivo la pasion y muerte de Cristo, en la cual la sangre se apartó del cuerpo; y así se hace mencion de esto en la misma consagracion de la sangre (1). Y tambien, pues se instituía este Sacramento para alimentar y sustentar nuestras ánimas, convino que se instituyese, no sólo en manjar, sino tambien en bebida, porque el perfecto alimento del cuerpo de estas dos cosas consta; pero una cosa podemos sacar de aquí para consuelo de los que no son sacerdotes, y es, que aunque no comulgan debajo de ambas especies, como los que dicen misa, sino solamente debajo de especies de pan por muchas y muy graves razones que para esto tuvo la Iglesia; pero recibiendo en la hostia el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, reciben juntamente su sangre, y su ánima, y su divinidad, porque todo entero

(1) Qui pro vobis, et pro multis effundetur.

y perfectamente está debajo de cualquiera de las dos especies. Y dicen los Teólogos y los Santos que reciben tanta gracia como los sacerdotes que comulgan debajo de ambas especies, llegando con igual disposicion. San Hilario dice que así como en el maná, que fué figura de este santísimo Sacramento, ni el que cogía más, hallaba por eso más, ni el que cogía ménos, hallaba por eso ménos, como dice la Escritura (1); así tambien en este divino Sacramento ni el que le recibe debajo de especies de pan y vino, recibe por eso más, ni el que le recibe solamente debajo de especies de pan, recibe por eso ménos. Todos son iguales en esto.

Más: hay otra maravilla grande en este altísimo Sacramento, y es, que no solamente está Cristo todo entero en toda la hostia, y todo entero en el cáliz, sino en cada partícula de la hostia y en cada partecica de las especies del vino está tambien todo Cristo, tan entero como está en toda la hostia, y tan entero como está en el cielo, por mínima que sea la partícula, como se colige claramente del mismo Evangelio; porque Cristo nuestro Señor no consagró de por sí cada bocado de aquellos con que comulgó á sus Apóstoles, sino consagró de una vez tanta cantidad de pan, que dividida bastase para comulgarlos á todos. Y así del cáliz dice expresamente el sagrado Evangelio que le dió Cristo á sus Apóstoles diciendo: *Tomad y divididle entre vosotros* (2). Y no sólo cuando se parte y divide la hostia ó el sánguis, sino tambien ántes que se parta, está el cuerpo de Cristo todo entero en toda la hostia y todo entero en cualquier parte de ella, y todo entero en todas las especies del vino y todo entero en cualquier partícula de ellas.

(1) Exod. XVI, 18.—(2) Accipite, et dividite inter vos. *Luc.*, XXII, 17.

Algunos ejemplos y comparaciones hay acá en lo natural, que nos pueden dar alguna luz en esto. Porque nuestra ánima está tambien toda en todo el cuerpo y toda en cualquier parte de él; y la voz que yo hablo, que es ejemplo que trae San Agustin, está toda en vuestros oidos y toda en los de todos los oyentes; y si tomais un espejo, veréis en él vuestra figura toda entera, aunque el espejo sea pequeño y mucho menor que vos: y si dividís el espejo en muchas partes, en cada parte veréis tambien vuestra figura, ni más ni ménos como la víades en todo el espejo. Estos y otros semejantes ejemplos y comparaciones traen los Doctores y los Santos para declararnos estos misterios, aunque ninguna hay que del todo tenga semejanza; pero todavía ayudan y dan alguna luz.

Y hay aquí otro misterio, que cuando se parte y divide la hostia ó el sánguis, los accidentes del pan y del vino son los que allí se parten y dividen; pero Cristo no se parte ni divide, sino entero se queda en cualquier partícula por pequeña que sea. Y de la misma manera, cuando mascais la hostia, no mascais ni desmenuzais á Cristo. Dice San Jerónimo: ¡Oh engaño é ilusion de nuestros sentidos! parece que os partimos y mascamos como al pan material que comemos; mas la verdad es que no partimos ni mascamos, sino aquellos accidentes que vemos; pero Vos, Señor, entero y perfecto os quedais en cualquier partícula, sin corrupcion ni division alguna, y entero os recibimos (1). Y así lo canta la Iglesia:

---

(1) Oh humanorum illusio sensuum! franguntur illa quæ humanis sensibus in te videntur accidentia, et tamen nec corrumperis, nec frangeris: te dentes videntur masticare, velut materialem panem, et tamen nunquam masticaris: perfectus et integer sub qualibet, quantumcumque minima, contineris particula. *Hieron. tom. 4, pag. 358, apud Eusebium.*

*No lo parte el que comulga,
No lo quiebra, ni divide,
Todo entero lo recibe.
Quebrántase el Sacramento;
Mas no Cristo, que está dentro (1).*

Acontécenos en este convite al reves que en los convites de acá, en los cuales cortais un manjar, mas no cortais los platos ni vasija; pero en esta divina mesa no es así, pártese el plato y la vasija, que son los accidentes, y quédase el manjar y la sustancia entera. Más: en las otras mesas comeis la vianda y el manjar, pero no comeis las vasijas ni los platos; pero en esta mesa soberana comemos el manjar, y es tan sabroso, que nos comemos el plato tras él.

Todas estas cosas que la fe nos enseña, nos habemos de contentar por ahora con creerlas y venerarlas sin quererlas escudriñar curiosamente, yendo siempre en aquel fundamento de San Agustin: Este ha de ser como primer principio, que puede Dios más de lo que nosotros podemos alcanzar (2); porque, como dicen muy bien los Santos, no fueran grandes las cosas de Dios, si nuestro entendimiento y razon las pudiera comprehender. Y así, ese es el mérito de la fe, creer lo que no vemos. Y áun en los misterios de este santísimo Sacramento hay una cosa especial, que no hay en los demas misterios de la fe; porque en los demas creemos lo que no vemos, que es mucho de loar: *Beati, qui non viderunt, et crediderunt* (3); mas

---

(1) A sumente non concisus,
Non confractus, non divisus,
Integer accipitur.
Nulla rei fit scisura,
Signi tantum fit fractura.

(2) Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur illud investigare non posse. *Aug. tract. 12 super Joan.*—(3) *Joan.* XX, 29.

aquí no sólo habemos de creer lo que no vemos, sino contra lo que nos parece que vemos, porque segun nuestros sentidos, parécenos que hay allí pan y vino, y habemos de creer que no lo hay.

Es semejante la fe que tenemos de este misterio á la que tuvo Abrahan, que tanto encarece San Pablo: *Qui contra spem in spem credidit* (1): *Esperó contra toda esperanza:* venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural, que los ojos veían, porque creyó y esperó que tendría hijo, contra todo lo que le prometía la esperanza natural, pues naturalmente no se podía tener por ser él y su mujer ya muy viejos. Y despues, queriendo sacrificar ese hijo, como Dios se lo habia mandado, con todo eso creyó que le había el Señor de cumplir la promesa que le había hecho de multiplicar en él su generacion. Así en este divino Sacramento creemos contra lo que naturalmente nos dicen todos nuestros sentidos; y así es de gran mérito lo que aquí creemos. Dijo Dios á su pueblo: A la mañana comeréis pan, y á la tarde os daré carne (3). La mañana es esta vida presente. Dásenos Dios en especie de pan y vino; pero cuando asome la tarde, por la cual es significada la gloria, veréis la carne de Cristo y entenderéis claramente cómo y de qué manera está allí; romperáse entónces el velo, correránse las cortinas, y veremos todas estas cosas claramente cara á cara.

Muchos milagros y muy auténticos pudiéramos aquí traer en confirmacion de lo que habemos dicho, porque están los Santos y las historias llenas de ellos; pero sólo quiero decir uno, que se refiere en la Crónica de la Orden de San Jerónimo (3). Un religioso

---

(1) *Ad Rom.*, IV, 18.—(2) Exod., XVI, 12.—(3) Lib. 1, cap. 9, *de la Crónica de San Jerónimo.*

llamado fray Pedro de Cavañuelas, que despues fué prior de Guadalupe, fué muy combatido de tentaciones de fe, y especialmente cerca del santísimo Sacramento del altar, diciéndole el pensamiento cómo podía ser que hubiese sangre en la hostia; quiso el Señor librarle del todo de esta tentacion con un modo maravilloso, y fué, que diciendo él un sábado misa de nuestra Señora, despues que hubo consagrado, inclinándose á decir la oracion que comienza: *Supplices te rogamus,* vió una nube que descendió de lo alto y cubrió todo el altar donde él decía misa; de manera, que con la oscuridad de la nube él no podía ver la hostia ni el cáliz. Y como se espantase mucho de este acaecimiento y fuese lleno de grandísimo temor en ver lo que veía, rogó á nuestro Señor con muchas lágrimas que le quisiese librar de este peligro y manifestar por qué causa aquello había acaecido. Y estando así llorando y con gran temor, poco á poco se fué quitando la nube, y esclareciendo el altar del todo; y mirando al altar, vió que le faltaba la hostia consagrada, y que el cáliz estaba descubierto y vacío, porque tambien le había sido de él tomada la sangre. Y fué tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vió, que quedó como muerto: y tornando en sí, comenzó con gran dolor de su corazon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, á rogar de nuevo á nuestro Señor y á su santísima Madre, cuya misa decía, que le perdonasen, si lo que había acaecido era por su culpa, y le librasen y sacasen de aquel tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vió venir por el aire la hostia, puesta en una patena muy resplandeciente, y púsose encima de la boca del cáliz, y comenzaron luégo á destilar y salir de ella gotas de sangre dentro del cáliz, y salió en tanta cantidad como ántes estaba. Y acabada de salir la sangre, tornóse la hijuela de los

corporales á poner sobre el cáliz, y la hostia á su lugar sobre el ara, donde estaba primero. El sacerdote estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo qué se hacer, oyó una voz que le dijo: Acaba tu oficio, y séate en secreto todo esto que has visto. Y de ahí adelante nunca más sintió aquella tentacion. El acólito ó ministro que servía á la misa, no vió ninguna cosa de estas, ni oyó la voz; mas sintió las lágrimas del sacerdote, y como se tardó mucho más en la misa, que solía. Todo lo susodicho se halló despues de su muerte escrito en una cédula de su mano, puesto entre su confesion general, lo cual él hizo en señal del secreto que le fué mandado guardar.

CAPÍTULO III

Comiénzase á tratar de la preparacion que pide la excelencia y dignidad de este divino Sacramento.

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demas, que está aquí real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y por esto es el más excelente de los Sacramentos, y el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas: porque en los otros sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí, pero en este participamos la misma fuente de la gracia; en los otros sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente, pero en este bebemos en la misma fuente, porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios y hombre. Y así se llama este Sacramento *Eucaristía*, que quiere decir *buena gracia;* porque todo el bien y el principio de la gracia aquí está. Y porque aquí se nos da el mismo Hijo de Dios, que con verdad

se llama gracia y don hecho al linaje humano por el misterio de la Encarnacion; por esto tambien se llama por antonomasia *Comunion*, conforme á aquello de San Lúcas, que dice de los fieles en los Actos de los Apóstoles: **Perseveraban en la comunicacion de la fraccion del pan* (1).* Porque recibiendo este santísimo Sacramento, participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con él de todos los bienes y gracias espirituales. Dándonos su carne y sangre, nos hace participantes de todos aquellos tesoros que con esa sagrada carne y sangre nos adquirió. Aunque tambien se dice comunion porque une los fieles entre sí, porque recibiendo todos un manjar y á una mesa, nos comunicamos y juntamos y nos hacemos una misma cosa, á lo ménos en la fe y Religion, y somos todos un cuerpo, conforme á aquello que dice San Pablo: *Todos somos un pan y un cuerpo aquellos que participamos de un mismo pan* (2). Y por eso dice San Agustin que instituyó Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de uvas, así de muchos fieles que comunican y participan de este Sacramento, se hace un cuerpo místico.

San Juan Damasceno compara este santísimo Sacramento á aquel carbon ó brasa encendida con que uno de los serafines purificó los labios del profeta Esaías y quitó todas sus imperfecciones (3). Así, dice, este manjar celestial, por estar unido con la divinidad que es fuego consumidor (4), consume y purifica

---

(1) Erant perseverantes... in communicatione fractionis panis. *Act.*, II, 42.—(2) Unus panis, unum corpus multi sumus, omnes, qui de uno pone participamus. *I ad Cor.*, X, 17.—(3) Isai., VI, 6. —(4) Deus noster ignis consumens est. *Deut.*, IV, 24; *Ad Hebr.*, XII, 29.